

Prólogo

Lo bueno y malo de ser yo, el pequeño conductor de mi cuerpo, es que siempre pretendo no perder el tiempo, aprovechar y gastar cada segundo de mi vida para hacer algo dado que soy perfecta y constantemente consciente de que ese segundo que pasa ya ha pasado, jamás lo podré recuperar y es uno menos de la cuenta atrás que limita mi existencia.

Aplicando esto a mi vida laboral puede incluso llegar a tener un efecto considerablemente positivo pues me permite tener más tiempo libre para dedicarme a diversas actividades de ocio. Hasta aquí todo perfecto, se trata pues de algo bueno y sin fisuras. Todo parecen ventajas así que no tendría sentido que lo tratase de malo como acabo de decir. El problema radica en el intervalo entre cerrar los ojos y dormirme.

Y qué curioso es el dormir y el no dormir, pero sobre todo este segundo. Durmiendo presenciamos como el tiempo pasa a la velocidad de la luz, siempre me ha apasionado ver la gran irregularidad y discrepancia producida en esta unidad de medida incorruptible, una persona que duerme le parece que ha pasado la noche en un segundo y el que no, horas. ¿Quién se equivoca? La respuesta es ninguno. Entonces, ¿cómo es que se crea esta desigualdad?

Sin embargo, si algo me fascina más que este hecho que ya digo, quizás no es al gusto de todos, es el no dormir. Nuestra mente pierde la cabeza y parece que no la controlamos. Llegamos a pensar que no seremos capaces de conciliar el sueño en toda la noche, que jamás volveremos a soñar... hasta que al final cerramos los ojos definitivamente. Damos vueltas, muchas vueltas, cual rodillo amasando sobre una tabla de madera, y eso hace que perdamos las sábanas y si encima es verano, que las empapemos y nos quede ese sudor frío en la espalda que luego conlleva a un constipado si las ventanas están abiertas por culpa del calor. Hablando de frío, coincidiréis conmigo en que no hay nada más satisfactorio que girar la

almohada. Pero me estoy yendo por las ramas, a lo que iba es que el no dormir es un extraño estado en el que te transformas. Tus sentidos se agudizan, sobre todo el del oído, y nos volvemos más conscientes del ruido que producen los quehaceres de nuestros despreocupados vecinos... esa lavadora del que llega tarde a casa, esos tacones del piso de arriba, la cocina del vecino de al lado... por suerte la luna silencia a los que cantan en la ducha, hasta ahí llega la empatía de la humanidad.

Puede parecer algo muy común si pensamos en el insomnio, pero la realidad se aleja de este término ya que es mucho más complejo de lo que a simple vista puede llegar a parecer. También hay que tener en cuenta que el conflicto disminuye notablemente si estoy demasiado cansado o los sucesos vividos durante el día me han impactado notablemente. El problema de no soportar perder el tiempo me impide conciliar el sueño si ninguno de esos dos factores están presentes, ya que mi mente no puede evitar considerar que el rato que estoy allí, estirado en mi cama sin hacer nada, es una pérdida de tiempo, y mi mente empieza a trabajar inconscientemente. Por lo tanto, si no estoy extremadamente cansado como para no pensar u ocupado repitiendo tal hecho de vital importancia, el tiempo compuesto entre dos acciones como acostarse y dormirse se vuelve un auténtico e inacabable martirio, y digo inacabable porque cuanto más pienso menos sueño tengo y más me cuesta dormir.

Prevenir el día de mañana, recapitular el de hoy, imaginar mi futuro si mis decisiones en el pasado hubiesen sido otras, que estarán haciendo las personas que conozco... esos y muchos otros revolotean como pájaros por mi cabeza forzando así a mi cerebro. Y aquí es donde está el punto clave de todo, de lo que me ha sucedido, de por qué escribo esto y de por qué soy distinto a los demás. Cualquiera puede tener problemas para conciliar el sueño pero pocos podemos elegir que soñar.

Lo cierto es que me he imaginado varias veces como poder expresar estas palabras de la forma más delicada posible, pero creo que soltarlo de golpe es la mejor opción. Así es, yo elijo que soñar y lo sueño, tengo esa habilidad o esa maldición.

Creo que, ya que no es más que una hipótesis personal, mantener mi mente activa no permite que concilie el sueño, pero por algún extraño motivo que desconozco, existe un preciso momento en que mi cerebro adquiere una actitud bipolar muy estrechamente relacionada con la fase REM del sueño donde dos grandes fuerzas igual de poderosas, la de “ganas de dormir” y la de “ganas de pensar” chocan ferozmente como dos trenes, frente contra frente, fundiéndose así en un único elemento: el sueño racional.

No se trata solo de ser consciente de que estoy soñando y recordarlo todo perfectamente, se trata de elegir que quiero soñar, de plasmar como en lienzo en blanco las situaciones, las personas que interactuarán y los objetos que se usarán, cómo y cuándo. De momento nunca había significado un peligro dado que al fin y al cabo eran sueños. No era algo sumamente extraño, ya que cualquier ruido que despertase a una persona normal lo haría conmigo, y del mismo modo podía decidir no soñar nada.

En el fondo lo he tratado de maldición cuando llega a ser muy útil. Recrear lo que quiera me ha permitido vivir experiencias emocionantes de todo tipo entre las cuales abundan ser agente secreto o sentir la lujosa vida de un famoso. También me ha servido para construir mi ciudad o casa ideal o practicar discursos o clases para no tener fallos al darlas al día siguiente en la Universidad donde trabajo como docente.

Creo que vais pillando la idea, ¿no? Pues no todo es un mar de rosas, tiene su parte negativa. ¿Cómo demuestras a los demás algo que solo ocurre en tu cabeza? Las pocas veces que intenté sincerarme acerca de este don se me ha tratado de bromista o de desequilibrado mental, por eso con el paso de los años he abandonado la idea de contarle esto a la gente para parecer así una persona corriente, que es lo que ellos quieren que sea. Hasta los 8 años no fui verdaderamente consciente de lo que era capaz y por aquel entonces mi imaginación era desbordante y me permitía disfrutar de épicas aventuras que hervían mi adrenalina.

Si es cierto que fui a un par de psicólogos hasta encontrar a Isabela (una persona muy importante en este relato de la cual os hablaré en breve). Como que no podía expresar mi idea oralmente estos me sugirieron que plasmara mis sueños en dibujo, posiblemente sin creer demasiado mis palabras y buscar únicamente traumas infantiles. No es que tenga una concepción infravalorada de mi mismo, pero todos sabemos que soy profesor de matemáticas, no de arte, y mis habilidades en ese campo dejan mucho que desear. ¿Qué opción me quedaba entonces? ¿Escribir? Bueno, vale, es lo que estoy haciendo precisamente ahora, pero cuando me lo plantearon en su momento rechacé la idea. Si narro esto es porque es una obligación moral y del gobierno, aunque no diré que no me guste. Es una manera de expresar todo lo que siempre quise decir acerca de lo que soy capaz de hacer y nadie nunca creyó, es también una manera de confesarme y poder así dejar constancia de que una vez viví las aventuras que de niño siempre soñé.

¡Vaya! ¿Dónde quedaron mis modales? Me he emocionado escribiendo que ni siquiera me he presentado como es debido. Mi nombre es Adrián Mendoza Arnés, barcelonés de nacimiento y profesor de matemáticas en la Universidad Autónoma de Barcelona. No entiendo por qué debo dar más detalles, ni siquiera por qué debería describirme como personaje de este relato. ¿Acaso importa mi apariencia física o mi edad? Lo demás todavía es relativamente importante ya que está relacionado con todo lo que os contaré, pero me gustaría dejar mi aspecto a vuestra imaginación. Así si algún día alguien sabe cómo soy en realidad o me lo cruzo por la calle podré ver la reacción que tiene y descifrar si su imagen de mi se ve reflejada en la realidad.

Creo que lo más oportuno es comenzar en el día en el que Isabela me preguntó...